

¿Conoce Ud. la HOMOLOGACION TERGAL®?



La Sociedad Anónima de Fibras Artificiales (S.A.F.A.), para certificar la calidad de los artículos y prendas confeccionadas con sus fibras, fundó en 1951 sus laboratorios de homologación.



En estos laboratorios ingenieros químicos y técnicos especializados investigan si la mezcla de los componentes del tejido está en las proporciones correctas y son de la calidad precisa.



Se miden en condiciones absolutamente reguladas en seco y húmeda, los llamados ángulos de invariabilidad, que ponen de manifiesto la rebeldía al arrugado y la permanencia de las pliegues o plisados.



Los tejidos son jabonados y lavados en frío y caliente y después sometidos a corrientes de aire a distintas temperaturas para medir su velocidad de secado.



La impermeabilidad de tejidos y prendas de lluvia se comprueba mediante un duchado adecuado.



El desgaste que pueda producirse por el uso, se valora en ensayos de resistencia ejecutados en un abrazadera.



Las prendas sólo pueden ser homologadas si han sido confeccionadas con tejidos previamente homologados. Se llevan a cabo controles sobre la ejecución de la confección. Se examina el hilo de coser, fornituras y entretejes empleados.



La etiqueta Tergal numerada certifica las cualidades que se exigen en los laboratorios de homologación de S.A.F.A. a tejidos y prendas.

DISTINGA LA ETIQUETA TERGAL NUMERADA!

La etiqueta Tergal numerada sólo se concede a los artículos que han sido homologados en los laboratorios de S.A.F.A., dando son verdaderamente sometidos a un riguroso control de calidad.



GRACIAS
AL CONTROL DE CALIDAD
SE FORJO
EL PRESTIGIO TERGAL

TERGAL Y SELECCION NYLON DE ESPAÑA, S.A.

SON SIMBOLOS DE CALIDAD DE ARTICULOS HOMOLOGADOS POR S.A.F.A.

PANORAMA INTERNACIONAL

CADA vez que se produce un nuevo paso hacia adelante de la Humanidad, los acontecimientos habituales cambian de pronto de significación, se vuelven caricaturescos. Suenan a falso. En las pantallas de televisión de todo el mundo la imagen de la blanca, fantasmal —pero realísima— figura del teniente coronel Leonov desplazándose en una especie de nada, ha formado parte de los mismos noticieros en que se recogían escenas de lucha antigua en las junglas del Vietnam, manipulaciones electorales en Francia, policías apaleando negros en Selma. Cuesta trabajo aceptar que este conjunto de acontecimientos forme un todo, que se incluyan en un mismo bosquejo de civilización. Una de las más frecuentes reacciones ante la hazaña es calificarla de «increíble». Personalmente, me resultan más difíciles de creer las otras informaciones. Por ejemplo, el relato que el periodista americano William J. Cook hace —«Newsweek», 22 de marzo— de la carga policíaca contra los negros de Selma. «La carga fue veloz y horrible. Impersonales tras sus máscaras antigás, los soldados se abrieron paso a palos a través de los manifestantes que gritaban. Aparecieron nubes azul-gris de gases lacrimógenos que irritan los ojos. Cuando estas nubes se levantaron, vi de lleno la enorme brutalidad. Los negros yacían en la cuneta de la autopista, inconscientes y heridos. Un soldado pasaba junto a ellos y dejaba caer una bomba de gases junto a cada uno. Más allá de la autopista, cientos de espectadores blancos vitoreaban y aplaudían». O, por otro ejemplo muy lejano de éste, esta otra información de las elecciones francesas que leo en el «Journal de Genève» —18 de marzo, artículo de René Dabernat—: «Francia, país de la diversidad en el equilibrio y del equilibrio en la diversidad, rechaza los juegos políticos complicados de la IV República, pero no está madura para un sistema bipartito como el de Gran Bretaña o los Estados Unidos», curiosa frase de la semántica del camelo. Veo a Kosyguin —en la televisión— hablando por teléfono con sus dos militares situados a quinientos kilómetros de distancia en lo que llamamos «el vacío» y no tengo la sensación de incredulidad que me produce leer que el mismo Kosyguin trata de limitar en su país la libertad de expresión artística de los intelectuales. No me es difícil encontrarme a gusto, en plena verosimilitud, leyendo la aventura de los dos astronautas norteamericanos que han participado en el vuelo espacial del «Titán 2», primer jalón de la operación Gemini; no puedo creer, en cambio, que ése sea el mismo país que aplaude al policía que va dejando caer, como una flor siniestra, una granada lacrimógena junto a cada negro herido.

Aeste respecto de lo que se puede y no se puede creer, leo en «Le Monde» una breve crónica de Robert Escarpit llena de agudeza. «El portero de mi hotel —dice— está indignado. “No es cierto —me dice—: ¿cómo podría caminar así, en el vacío? Quizá —dice con aire sombrío— es un truco sobrenatural”. Reconozco en su voz esta agresividad miedosa que tantas veces, en el curso de los siglos, ha enviado a la muerte brujos y taumaturgos. ¡Pobre Alexei Leonov! Sin las murallas que ha edificado nuestra civilización contra los peores efectos de la ignorancia, estaría destinado a la pira. Es cierto que caminar sobre las aguas es desde hace mucho tiempo el milagro-tipo. Es cierto, también, que cuando ese “pujadista” de Aristófanes ha querido denunciar a Sócrates como un peligroso intelectual y, por lo tanto, como un individuo para ser matado, le ha mostrado caminando sobre los aires. Alexei Leonov, que camina en el vacío, tendrá mu-

TRES ACTITUDES ANTE EL VUELO DE LEONOV

cho trabajo en hacer admitir al común de los mortales que tener los pies sobre la tierra no es la señal exclusiva de la prudencia y del sentido común» («Le Monde», 20 de marzo).

HAY otra actitud respecto a la aventura de Leonov, teñida indudablemente de política, pero mucho más positiva: la consideración de que lo que él realizó es una «obra de la Humanidad», es decir, un triunfo de todos nosotros, independientemente de la nacionalidad de su equipo de protagonistas. Y cito al equipo porque, por una tendencia natural, por una sensibilización a favor del héroe individual que nos viene desde la tragedia clásica griega hasta los «comics» americanos, tendemos a magnificar la personalidad del paseante del espacio y a olvidar los millares de personas que han hecho posible su buceo en el vacío.

Se trata, en efecto, de una victoria del hombre. Algunos ditirámicos comparan el salto al espacio de Leonov con el momento en que un primer hombre —si se le puede llamar hombre— se elevó de su situación de cuadrúpedo hasta la postura vertical, o con el momento en que alguien lanzó al agua un tronco de árbol, se subió encima y comenzó a desplazarse con ayuda de las manos. Esta aventura de ahora es un eslabón más en la larga y maravillosa cadena de la Humanidad; podemos honestamente olvidarnos de la nacionalidad del paseante del cielo, como nadie sabe a qué tribu pertenecía el primer ciudadano del mundo que hizo saltar la primera chispa al frotar dos piedras, pero siempre que esta actitud no oculte una hipocresía política. Y siempre que uno esté decidido a ajustar su vida a esta ética del progreso. No puede sentirse contemporáneo de los navegantes del «Vosjod» o del «Titán» quien no se considere al mismo tiempo contemporáneo de los negros de Selma. Aquel a quien un foso mental e ideológico separa de los navegantes soviéticos está dispuesto a recibir de ellos la parte infinitesimal de honor que le corresponde como habitante de este planeta; si no está dispuesto a colmar al mismo tiempo el foso de situación que le separa de un «roto» chileno, no habrá actuado con honradez mental.

HAY una tercera actitud ligeramente dudosa. La que se plantea con la pregunta: «¿Para qué sirve esto?». El mismo hecho de preguntarlo implica ya una respuesta negativa: para nada. Y esta respuesta de los eternos astutos: «para la propagan-

Por **EDUARDO HARO TECLEN**

da». No se puede negar que el hecho sirva a una propaganda política y nacionalista, a pesar de los intentos de abstracción de «obra de la Humanidad», pero no es inteligente creer que la hazaña ha estado preparada con la propaganda como móvil. El «Times» del viernes 19 de marzo advertía ya, con la sequedad objetiva que le caracteriza, que «Leonov no ha actuado para la galería», sino que «ha procedido a un ensayo que tenía que hacerse». El «Daily Telegraph» del mismo día se produce de una manera más escéptica: «En ciertos aspectos, la URSS ha adelantado claramente a los americanos en la conquista del espacio, pero ésta no está más que en un estadio preliminar. La competencia apenas ha comenzado. No es imposible que americanos y rusos hayan escogido vías distintas para llegar al mismo objetivo: la luna. Los procedimientos son diferentes. El acontecimiento de ayer hace pensar que los rusos calculan que la próxima etapa ha de ser la construcción de una estación espacial como punto final de la salida hacia la luna, mientras que los americanos piensan en un vuelo directo a la luna. En cuanto a saber si las sumas astronómicas que las dos potencias gastan en este asunto podrían ser mejor empleadas, ésta es otra cuestión...». He aquí sembrada la duda, de una manera que deja en el lector unas ideas deliberadamente flotantes: los rusos van aquí por delante de los americanos, pero, ¿sirve para algo un esfuerzo en ese sentido?

Ciertamente sería mejor que la Humanidad avanzase de una manera homogénea en lugar de avanzar como una lanza con la punta en el futuro y el otro extremo en la prehistoria. Pero ésta también es «otra cuestión» y, en realidad, hacia ello se tiende, hacia ello va el mundo. Es posible que las descolonizaciones supongan un avance mayor para la Humanidad que la hazaña de Leonov. Pero es innegable también que sin ciertos avances de la técnica y de la ciencia, sin ciertas evoluciones del pensamiento producidas por los progresos «en punta de lanza» de la civilización, esa misma descolonización hubiera sido imposible.

HEl vuelo de Leonov debe, inevitablemente, modificar la actitud de cada uno. Es el primer paso hacia una era en la que no caben actitudes arcaicas ni retrógradas.